

Recital de Numa Moraes

Una sola vida tengo

Una vez más la turbia amplificación perturbó el desarrollo normal de un espectáculo, en este caso el de Numa Moraes (*). Al parecer, y sin llamar a engaño, existieron razones concretas y fue Víctor Cunha, manager de Numa, quien las desgranó ante este cronista: "Debido al Carnaval prácticamente todo el parking de amplificación está en funcionamiento. Conseguimos lo que pudimos". Víctor, además, se quejó de que en la primera parte del recital se habían perdido todos los matices previstos. Es cierto. Cuando la sonoridad no es adecuada, se convierte en un despiadado boomerang para el propio protagonista. Así fue.

No quiero pasarme de listo, pero

Premio para Barrán y Nahum

La Biblioteca Nacional se complace en hacer público que los historiadores compatriotas José Pedro Barrán y Benjamín Nahum han sido distinguidos con el Premio Clarence H. Haring correspondiente a 1986, que otorga la American Historical Association por la obra "Batlle, los estancieros y el imperio británico, vols. I - VI".

ante esa realidad irrefutable —la realización del Carnaval, efectivamente—: ¿por qué no se corrió la fecha del espectáculo? ¿Existía tanta urgencia, por parte de Numa y su grupo, en la vehiculización de dicho espectáculo? ¿O los compromisos con la sala —Teatro del Notariado— no permitían que se corriese la fecha? No lo sé; pero de ser así seguramente Nancy Bacelo, coordinadora de la sala, hubiese comprendido —como siempre— la situación. Por otra parte: ¿hasta cuándo los músicos van a seguir soportando —por el pésimo sonido— esa suerte de desolación encima de un escenario? Porque a la deficiente amplificación, se suma el deficiente monitoreo. Me lo confesó el propio Numa, cuando le pregunté porqué no había interpretado la excepcional *Los heraldos negros* (texto de Vallejo): "No me animé. Es que no me oía nada, y así, es muy difícil hacerla" (a la canción, claro). Entonces, basta, carajo. Porque además al público —que colmó la sala con un fervor único— hay que respetarlo. Numa lo respetó, lo sacudió, lo tiñó de buenas ondas; el sonido, sin embargo, era un puñetazo mitad en stereo, mitad en mono. Como dicen los rocanroleros: ¿cuál es?

Bien. De todos modos, Numa Moraes salvó profesionalmente el espectáculo; y asimismo, puedo afirmar que logró momentos mayores, de inesperada intensidad interpretativa que sobrecogieron emocionalmente al público en sala.

El muchacho, sin amagues, sin estridencias y sin desbordes, propuso. Hay en Numa Moraes, en su selección de textos a musicalizar, una contundente y hasta romántica predilección por el discurso poético de Washington Benavides. Esa ac-

titud de hijo intelectual de Benavides —como pueden serlo, también, Dar-nauchans, Larbanois, Carlos Da Silveira, el propio Víctor Cunha— lo lleva a Numa a fracturar límites, a escaparle a los esquemas y las fronteras, para calibrar finalmente canciones de una hondura última. Canciones como *La Filadelfia real* o *Tengo saudade* (de Drummond de Andrade y otros poetas), textos del citado Benavides, cobran en la aguerida vocalización de Numa, una vitalidad y una sugestión arrolladoras. Lo mismo ocurrió con el excelente texto de Walter Ortiz y Ayala, *De los álamos vengo*. Porque precisamente Numa no sólo toma contacto con el decir poético, sino que casi transgresoramente ocupa a los textos. Quiero decir que los hace suyos y los redimensiona en la tri-relación texto-melodía-voz, logrando profundizar la agudeza conceptual de los textos. Algo así como que Numa le inyecta su marco vivencial, a las luces y sombras comunicadoras implícitas en los textos.

En el espectáculo Numa Moraes hizo un repaso de su memoria musical. Presentó temas nunca cantados en público, y en la segunda parte, se le vio acompañado por un grupo de instrumentistas: Sergio de la Peña (guitarra eléctrica), Daniel Rianni (acordeón, mandolina y percusión), Daniel Rodríguez (bajo eléctrico) y un invitado especialísimo, Daniel de Moraes, hijo de Numa, que debutó tímidamente en público.

La segunda parte, quizás, fue la más atrayente y sorprendente. Porque a la contundencia expresiva que ha alcanzado Numa, se le sumó la presencia refinada de su grupo de apoyo, especialmente el guitarrista Sergio de la Peña, que se descolgó con un fraseo limpio, ajustadísimo, que iba del rock al jazz y hasta un regocijante solo empapado fermentalmente de ese blues oscuro y desgarrador. Daniel Rianni, por su parte, como caudaloso multinstrumentista enriqueció decisivamente el desarrollo del espectáculo. Daniel Rodríguez (bajo), que viene del rock al igual que De la Peña, aportó una base firme y con mucho swing. En consecuencia, el grupo que acompaña y respalda la propuesta de Numa, promete evidentemente una mimetización más rotunda en un futuro inmediato. Aunque como primera aventura, esta, alcanza y sobra para sentir en Numa Moraes la inquietud de cantautor que ha crecido sin pausas hasta arribar a la madurez.

Madurez que se percibe no sólo en el mejoramiento notorio del manejo de su garganta y —ahora— prolija dicción, sino en esa apabullante riqueza tímbrica que emite su guitarra, provocando y provocándose legítimos sacudimientos.

No hay un Numa solista —primera parte del espectáculo— y otro que se atreve o se arriesga con un grupo detrás. La propuesta es única, sólida y de una robustez arreglística que, estructuralmente, no dispone rengueras —aunque haya zonas, la más apegada a la raíz folklórica, que a este cronista pueden llegar a aburrirlo. Y esto último es una impresión puramente personal.

En definitiva lo que trasciende en Numa, tanto ética como estéticamente, es que "una sola vida tengo". Así lo sentencia un texto —y van— de Washington Benavides que Numa cantó, peleando con el sonido, como si fuera el último acto vital de su vida. Y es suficiente.

Raúl Forlán Lamarque (*)

(*) Teatro del Notariado, jueves 19, "Numa en recital"

Crónica de un diario



DIARIO DE POESÍA. Año I N° 3. Verano de 1986. Buenos Aires. Montevideo. Rosario.

Dirigida por Daniel Samoilovich, con Juan Pablo Renzi como Director de Arte, y con Jorge Fondevrider desempeñándose como Secretario de Redacción, este periódico trimestral, viene a llenar un vacío que se hacía sentir.

En este número, el tercero que sale a la calle, si no hubiese una entrevista de Jorge Fondevrider y Martín Prieto a Juan José Saer (narrador santafecino —1937— que tiene muchas cosas que decir).

Si no hubiese una buena traducción de *Radio Etiopía: la lengua del amor*, aquel libro de Patti Smith que, hace 10 años, tradujo lo que toda una generación sentía y no sabía expresar. Un libro que sigue siendo apocalíptico y vigente.

Si no hubiese una estupenda charla mantenida con Noé Jitrik sobre la poesía y la crítica literaria.

Si no hubiese columnas lindas como la de Elvio Gandolfo o la de D.G. Hélder.

Si no hubiese, en fin, novedades literarias, análisis de publicaciones, presentación de nuevos poetas, etc., igual valdría la pena comprar *Diario de Poesía* para leer el *Dossier Ezra Pound*. En él se encuentran, bajo el rótulo *Lecturas e imágenes*, opiniones de diversos e importantes escritores, sobre la obra y la figura de Pound.

Hay también un artículo, *Pound y nosotros*, de Jorge Fondevrider una *Gula para leer los "Cantares"* de Mario Faustino, un análisis del *Canto XLV* de Juan Gelman, un estudio sobre el vorticismismo (movimiento fundado por Pound, en 1914, junto a los artistas plásticos Wyndham Lewis y Henri Gaudier-Brzeska) realizado por Hugh Kenner y una excelente cronología de la vida y la obra de Pound, muy bien compaginada e ilustrada.

Cabría agregar aquí, que la revista cuenta además con una hermosa diagramación, realizada por Carlos Tirabassi.

En resumen, todo lo que se promete en la tapa se da. Información, creación, ensayo.

S. Ch. (1)

SEA SOCIO DE CINEMATECA. O ENTRE EN EL REBAÑO.

CINEMATECA URUGUAYA. La única manera de ver buen cine todo el año. En FRANQUICIAS TOTALES. Un mes del mejor cine cuesta lo mismo que una entrada y media de cine común.



cinemateca uruguay

LORENZO CARNELLI 1311. Tels. 4 24 60 - 49 57 95